

EN ASTORGA HA FRACASADO LA «MINI»

MI admirado Ramón Carnicer, que en estas mismas páginas alecciona sobre el lenguaje, me preguntaba si he caído en la cuenta de la frecuencia con que al ensayar cualquier tema general se me escapa la pluma a Astorga. O en mis relatos. Compruebo que, efectivamente, si en la ficción de un cuento conviene que las ferias de Avellanejo dispongan de un programa adecuado, la omnipotencia propia del autor me lleva a encargar la obra a los impresores de la capital maragata, artistas inigualables en hacer todo un folleto de anuncios sin repetirse en las grecas ni una sola vez. Y la madre de Soledad, mi última creatura, convida con benedictine y mantecadas de Astorga a un ministro del Señor que mejor quisiera una raja de chorizo y un chiquito de vino tinto, probablemente un cura vasco. No diré que el escritor trabaje de continuo en una media inconsciencia vecina del éxtasis, pero sí que el subconsciente aporta sus buenas ayudas. La juventud puede dejarnos huellas eternas. Por el tiempo de mis veinte años, si se era mozo en Astorga, lo más fácil es que se fuera soldado o seminarista. Yo fui «a entregarme» a la Caja de Recluta, preciosa expresión que todavía se emplea en algunas comarcas sin que haya de referirse forzosamente al prófugo o al delincuente.

Astorga es una ciudad muy literaria. Aquí Leopoldo Panero -«Nací en Astorga, el novecientos nueve, / y allí quiero dormir en mi remanso / familiar, a dos metros de la nieve»-, con su hermano Juan; y Gullón y López Sancho y Alonso Luengo, la «escuela de Astorga». Como ahora Carro Celada y otros. Pero no sólo por los escritores. Lo literario es la ciudad misma. Yo me he acercado siempre a sus murallas con una predisposición hacía lo sentimental y poético. Y aconsejo, como guía para otros caminantes, escoger entre las dos horas extremas de la jornada: la muy temprana o la del oscurecido. Mejor una sí y la otra también. Cuando, pasado ya Hospital de Órbigo en el camino de Santiago se toma una curva pronunciada, la de San Justo de la Vega, la ciudad aparece repentina como un sobresalto. La catedral, dorada bajo el primer sol; el palacio del obispo, alucinante como un cuento de hadas; y toda la población en medio de un valle luminoso. Por las calles escasean aún los transeúntes -un par de formas clericales, un brigada de Artillería- y se oyen campanas, aunque no se sepa dónde. Es la hora del desayuno, que podría hacerse con churros -excelentes- si no fuera la superior invención de las mantecadas. Como acontece con algunas cosas buenas, que mejoran aún con una preparación calculada -el cigarro que morosamente envolvemos, el amor que conquistamos-, las mantecadas piden ser despojadas con ilusión del papel que las protege. Es una delicada ceremonia. La circunstancia también cuenta. Nos despachan en una tienda que sirve estos refrigerios sobre su mostrador.

Ese ciudadano, sí, ese zapatero que toma su copa de aguardiente puede saber en latín algunos versos de Horacio. Sobre la pared está un diploma histórico, proclamación de un triunfo de la industria maragata: «Esposizioni Riuniti del Lavoro». Y reclamos nada frívolos: «Velas litúrgicas y capiteles Gauna». «Vino de consagrar Loidi y Zulaica». Por la tarde hay otra hora buena para el chocolate con mantecadas; es la que en otras latitudes llaman la hora del té, pero el té, en Astorga, se toma más bien en caso de pesadez y otras miserias corporales. La plaza se va animando al final de la jornada, y el bullicio, no demasiado, crece en torno a un monumento donde el león hispano humilla al águila napoleónica. Hay bares con mucho pueblo dentro. Y un casino que a diario guarda un aire de familiar tertulia, mientras los días de repicar gordo se engalana de sala de baile.

Bien. Es probable que tantos cambios como conoce el mundo hayan afectado también a la capital asturicense, y que yo me esté obstinando en contemplarla a través de un cristal empañado por mi propia afición. De modo que he vuelto una vez más y hago un esfuerzo por ser objetivo. ¡Qué curioso! No lejos del palacio que levantara el genio del catalán Gaudí, en la capital de la diócesis que hoy gobierna un mosén catalán, me detengo ante el escaparate de una librería donde ofrecen poemas de Salvador Espriu traducidos por Enrique Badosa. Ya no me extrañaría ver en la plaza de Santocildes a las «majorettes» de Barcelona, que estos días, por cierto, acompañaban en León a las más severas y refajadas agrupaciones folklóricas del antiguo reino. Esto me ha alegrado pero no me puede sorprender, porque en Astorga, bajo la capa de ese quietismo estético que me enamora, ha alentado siempre un espíritu asomado a todas las peripecias de sus extramuros. Lo de sus hilos con Cataluña, en particular, podría ser tema interesante. Y cómo cerrar los ojos a la mudanza propia de una ciudad que vive y progresa: con la fortuna, nos parece, de ser ella misma quien mide y gobierna su crecimiento, en lugar de sentirse devorada por él. Queda por decir de algún detalle inocente: ¿Por qué titular a un lugar de diversión «Club Maragat»? Pero no hay que rasgarse las vestiduras. De estas desnaturalizaciones cuecen habas en todas partes.

Por lo demás, y al lado de lo nuevo que merezca ser aceptado, son los propios astorganos quienes tienden a conservar sus viejas y entrañables cosas, lo que a mí me absuelve del egoísmo de mis nostalgias. Y ya es momento de explicar el título de esta crónica, que acaso haya sugerido en el lector la idea de algún referéndum femenino como el sonado de los bikinis de Zaragoza. No. lo que ha fracasado en Astorga ha sido la moda corta en el formato periodístico. Nada menos que dos periódicos certifican de la cultura maragata. Uno de ellos, «La luz de Astorga», decidió modernizarse en el atuendo exterior reduciendo el tamaño en beneficio de un mayor número de páginas. A los pocos días «La luz» volvió a su manera casi centenaria, con un fino recuadro donde reconoce que la mayoría de sus lectores repudian la moda «mini» y permanecen aferrados a los seculares modos. En esta vuelta a la falda larga de su periódico veo yo

un símbolo de la ciudad. Pero no se vea menos en el talante abierto y democrático con que los editores se apresuraron a la enmienda, acatando la opinión de los más. Conservadora y liberal Astorga.

Antonio PEREIRA